

RESSENYES

ALEXANDER, Jeffrey C. (2010). *The Politics of Performance: Obama's Victory and the Democratic Struggle for Power*. Londres: Oxford University Press.

En este texto, Jeffrey Alexander realiza una importante contribución, a través de un relevante estudio de caso, al «giro performativo culturalista» en la teoría sociológica que él mismo ha reactualizado a lo largo de la última década.

Los procesos de modernización cultural, social y política, que experimentan un considerable avance a partir de las grandes revoluciones de finales del siglo XVIII, han tenido un cierto carácter teleológico apoyado en concepciones evolucionistas basadas en estadios de desarrollo que se pensó conducían, de forma más o menos inevitable, de un estadio social con una estructura social poco diferenciada a otro estadio con una amplia diferenciación de esferas sociales. Tanto en términos de «progreso» —con Comte y Saint Simon como principales representantes—, como en términos de «diferenciación social» —en donde podemos situar las reflexiones de Durkheim, Parsons y Luhmann—, se ha pensado en la realización histórica y social de una misión civilizadora que alcanza sus objetivos en la modernidad. Se ha pensado que cuanto más moderna es una sociedad, más secular es y, de esta forma, menos religiosa, pero la realidad

social ha seguido una pauta algo distinta: ser moderno, secular y religioso se ha convertido en una realidad inesperada, pero no por ello menos extendida y copresente. La pretendida irreversibilidad y el carácter finalista de las dinámicas de modernización, secularización y diferenciación creciente de esferas sociales existentes en las sociedades modernas han sido contestados con claras manifestaciones de *re-encantamiento* y de *des-diferenciación*, donde la sociedad ha vuelto a *fusionarse*, a dibujarse a través de acontecimientos sociales apropiadores en los que ha vuelto a representarse a sí misma en torno a símbolos de marcado carácter vinculante. La sociedad se ha pensado a sí misma a través de «hechos sociales totales», en los términos de Marcel Mauss, no a través de «hechos sociales parciales», en donde comparecía solo una parte, un fragmento social, y el resto quedaba oculto. Recordemos la efervescencia colectiva que producen hechos sociales totales como el Mayo del 68, tanto en Europa como en Estados Unidos; las movilizaciones religiosas en Irán después del régimen de Reza Pahlevi; la caída del Muro de Berlín y el final del comunismo; el desmoronamiento del

apartheid en Sudáfrica; la gran comunión social que sigue a los ataques terroristas a partir del 11 de septiembre de 2001; las reacciones ciudadanas a los desastres naturales como el Katrina en el sur de Estados Unidos; etc.

El propio término de «fusión» aparece ya en el estudio de E. E. Evans-Pritchard, *Los Nuer*, de 1940, donde se expresan las dinámicas de comunión social en un colectivo «primitivo»; los términos «desdiferenciación» y «re-encantamiento», utilizados por Edward Tiryakian en 1992, describen procesos de activación social de toda una serie de potencialidades tendentes a la comunión social dentro de sociedades modernas crecientemente complejas. Pero es Jeffrey Alexander quien va a presentar la elaboración sociológica más consistente del concepto de «fusión», recordando que las sociedades modernas se diferencian internamente pero también se coaligan en torno a símbolos vividos, a rituales que religan a sus miembros. En su última obra, *The Politics of Performance*, Alexander, frente al enfoque semiótico que considera al significado como un texto que modela la acción y frente al estructuralismo que se apoya en el concepto de hábitos como estructura psicosocial estructurada y estructurante que configura nuestras formas de ser, de ver y de actuar y también nuevas prácticas culturales o estilos de vida, despliega una pragmática cultural que trasciende estos enfoques, agrupando las estructuras de significado, la contingencia, el poder y las prácticas culturales de una nueva manera. Según él, las prácticas culturales deben ser reemplazadas por un concepto más multidimensional, las *actuaciones performativas*. Retomando el concepto de «efervescencia colectiva» que procede de Émile Durkheim y el análisis del ritual realizado por Victor Turner, analiza cómo las actuaciones performativas, tanto individuales como colectivas, pueden considerarse como análogas a las del teatro (su acercamiento a Goffman resulta aquí evidente). Según Alexander, estas actuaciones solo tienen éxito en la

medida en que logran «re-fusionar» las diversas esferas de la realidad, diferenciadas y separadas como consecuencia de la lógica de diferenciación social. En una actuación performativa de fusión, las audiencias se identifican con los actores y los textos culturales adquieren plausibilidad y verosimilitud a través de una determinada *mise-en-scène*. Estas actuaciones fracasan cuando estos procesos de vinculación son incompletos y permanecen aislados los elementos performativos, de forma inauténtica y artificial, sin ningún poder de persuasión. La «re-fusión», por el contrario, permite a los actores comunicar los significados de sus acciones exitosamente y así lograr sus intereses efectivamente. La elaboración más sistemática de este concepto se encuentra en *Social Performance: Symbolic Action, Cultural Pragmatics and Ritual*, coeditada por el propio Alexander, B. Giesen y J. Mast (Nueva York, Cambridge University Press, 2006).

Su primera ejemplificación sistemática del concepto la presenta en un trabajo de interpretación sociológica del holocausto: «On the Social Construction of Moral Universals: The "Holocaust" from War Crime to Trauma Drama» (*European Journal of Social Theory*, 5, 1, 5-85), donde el «holocausto», después de la Segunda Guerra Mundial, se ha convertido gradualmente en *la representación simbólica dominante del mal al final del siglo XX*, algo que lo situaría como meta-acontecimiento al nivel del Sermón de la Montaña. Sin esta labor interpretativa, reapropiadora, del pasado, Auschwitz no hubiera pasado de la fase de crimen de guerra en Europa, hasta convertirse en un modelo arquetípico de trauma cultural universal. En una segunda contribución posterior coeditada con R. Eyerman, B. Giesen, Neil J. Smelser y P. Sztomka, *Cultural Trauma and Collective Identity* (Berkeley, University of California Press, 2004), Alexander expresa que la «experiencia de un trauma social» puede ser entendida como un proceso sociológico que define un daño doloroso infringido

a la colectividad, establece las víctimas, atribuye la responsabilidad y distribuye las consecuencias ideales y materiales. En la medida en que los traumas son así experimentados, imaginados y representados, la identidad colectiva se revisa significativamente. Una tercera contribución al tema condensa la performatividad ritual del 11 de septiembre de 2001 («From the Depths of Despair: Performance, Counterperformance and September 11», *Sociological Theory*, 22, 1, 88-104), afirmando que el acto terrorista supone un derramamiento de sangre —en sentido literario y figurativo— que hace uso de los fluidos vitales de las víctimas para arrojar una pintura beligerante y horrenda sobre el lienzo de la vida social. A su juicio, cuanto más complejas son las sociedades, cuanto más diferenciados funcionalmente están sus diversos sistemas, más difícil resulta fusionar a los diversos grupos sociales en torno a una historia común. El 11 de septiembre logra situarse en el centro de lo social como un «hecho social total» inmune a la diferenciación funcional, en donde un drama social «re-sacraliza» ciertos discursos en la esfera pública.

La última contribución y quizás la mas detallada es la que presenta en su último libro, *The politics of Performance*, el cual vamos a someter a análisis en esta reseña comparada. Este texto tiene una dimensión empírica y otra teórica. Empíricamente, desarrolla una de las primeras aproximaciones sociológicas a la campaña presidencial de los Estados Unidos del año 2008. Teóricamente, ofrece un reto sociológico-cultural a los acercamientos instrumentalistas, materialistas e institucionalistas que han sido centrales en los estudios del poder. En las sociedades democráticas, la lucha por el poder definitivo es un conflicto simbólico. El fin es convertir al político en una representación colectiva, en los términos de Durkheim, alguien que encarne los ideales de la esfera civil. Su trabajo *The Civil Sphere* (Nueva York, Oxford Uni-

versity Press, 2006) analiza la estructura y las dinámicas de la sociedad civil, así como los movimientos sociales que han protagonizado históricamente las principales luchas dentro de la esfera civil. La lucha que representa la esfera civil es performativa, trata de esculpir una imagen del político y proyectarla a audiencias fragmentadas. Tales esfuerzos de fusionar autor y audiencia son mediados por procesos interpretativos relativamente independientes, lanzados no solo por antagonismos políticos y sociales, sino también por los mismos medios de comunicación de los que depende cualquier proyección exitosa de mensajes. Por esta razón, las luchas exitosas por el poder civil son altamente contingentes. Uno no sólo debe convertirse en un héroe, un héroe dentro de la sociedad civil, trabajando las dicotomías que confieren y socavan la legitimidad, sino que además debe trabajar las dicotomías enmarcando las relaciones entre ellas que conectan la esfera civil con esferas no civiles como la economía, la raza, el género y la religión, relaciones y límites que son fluidos y objeto de construcción.

En el enfoque de Alexander, el político comparece como un «nuevo profeta» en una contextura espacio-temporal secular resacralizada, en donde debe producir un mito, una constelación de sentido que, a través de la efervescencia colectiva, lo entronice en el panteón de héroes de la nación. Para construir esa narrativa cuasi escatológica, debe luchar democráticamente con el resto de adversarios políticos en los distintos escenarios de la esfera civil. En esta contienda electoral, Hillary Clinton simboliza la igualdad y la movilidad social, una heroína de la clase obrera, una supermujer que rompe el techo de cristal; McCain simboliza el prisionero de guerra herido que rompe los límites de la esclavitud y se enfrenta a la corrupción, alguien inconformista y que despliega nuevamente una vida altruista; Obama se convierte en el gran emancipador, calmado y razonable, representa al Abraham

Lincoln negro que promete una solidaridad más profunda y expansiva. Él restaurará el pluralismo democrático americano del «E pluribus Unum» y permitirá a los americanos hablar con autoridad moral al resto de naciones. En el discurso para su nominación por el partido demócrata, Obama no expone nuevos hechos, sino una nueva narrativa temporal, se apropia del tiempo al prometer un paso del mal del espacio de experiencia pasado y del presente mundano (que hereda) a un renovado horizonte de expectativas sagrado, que hace el sueño realidad. La fuerza, para él, no está en el dinero o en el ejército, sino en la promesa americana, aparece como el *looking Glass Self* de América. Es el portador del regalo de conseguir que la gente se refleje a sí misma en él. ¿Por qué resurgen estos perfiles proféticos? En épocas de crisis, se forja el héroe que trasciende la inmanencia, la vida ordinaria, se proyecta como el portador de una promesa sagrada de reparación civil. Esto no es nuevo, el nacionalismo en Europa, a lo largo del siglo XIX, ya adoptó mitomotores religiosos dentro de sus formatos seculares. Peter van der Veer y Talal Asad han documentado este supuesto de forma convincente. El político proyecta una imagen que solo logrará eficacia simbólica toda vez que, en la lucha performativa democrática de adversarios, alcance la «posición del

rey con aura sagrada», en un «proceso mágico» en el que los votos individuales secretos de ciudadanos interesados son transformados en una voluntad general públicamente proclamada.

Esta reconstrucción teórica de Alexander, que en el contexto de la política americana, con su carácter misional, donde religión y Estado están separados pero donde religión y política siguen teniendo importantes afinidades, pudiera ejercer efectos distintos en Europa, donde la construcción del candidato político, debido al específico proceso de secularización europeo, sigue pautas más eminentemente políticas, con un perfil religioso mucho más bajo o prácticamente inexistente.

En cualquier caso, esta reinterpretación creativa de Durkheim, Turner y Goffman, que supone un complemento importante a la teoría weberiana del carisma realizada por Alexander, vuelve a relanzar la importancia de conceptos como la «efervescencia colectiva», el «ritual», la resignificación de los procesos sociales y rescata de un cierto olvido las dimensiones de «comunidad» y «fusión» sociales. Bienvenida sea.

Josep Berriain

Universidad Pública de Navarra

